

LA LLEGADA DEL MAL

Como cada viernes al atardecer, mi mente divagaba entre pensamientos de tregua y mi pulverizado cuerpo me exhortaba para reposar en mis desgastadas sábanas incoloras que darían paz y sosiego a este tortuoso día. Para mi consuelo este no era un viernes común, era el inicio de mis relegadas vacaciones que me permitiría dormir hasta cansarme y hacer lo que la imaginación sugiera.

Mientras caminaba, mi mente vagabundeaba recordando una y otra vez las imágenes de la guerra entre Rusia y Ucrania con la cual abríamos edición y sería nuestra portada.

Mis ojos agotados por luchar contra el brillo de los monitores y el dolor de manos por teclear millones de veces las despintadas letras, tratando de concatenar ideas, recrear esbozos, traducir historias o simplemente redactar noticias que den forma y sustento a las columnas del periódico.

Ser periodista dejaba de ser una pasión idílica y se transmutaba en largas noches de migraña y devaneos, consolado por la necesidad de recibir un sueldo que ayude a llegar hasta fin de mes y que me permitiera archivar algo en el refrigerador.

Mis envejecidos calzados marrones se cubrían de lodo con cada paso y el bota pie de mi pantalón se oscurecía con cada salto y con cada brinco, tratando de esquivar cada charco que reflejaba mi despeinada cabeza.

La torrencial lluvia azotaba cada una de las calles y dibujaba esbozos de riachuelos que devoraban el asfalto, cada gota, como certera lanza atravesaba mi chaqueta intentando perforar aquel preciado maletín que llevaba en mi vientre, cobijado por mis brazos y abrigado por la corbata. Protegía ese pedazo de cuero como una madre protege a su hijo, ya que ahí cobijaba los desencadenados versos que pensaba convertir en un libro de poesía aprovechando los futuros días de vacaciones.

Este diluvio parecía no tener fin, lo que me obligó a cobijarme en el vitral de una tienda de ropa masculina mientras me molesté con los cielos por tan tormentoso momento. Apoyé mis brazos contra el ventanal mientras les daba la espalda a los rayos, inmediatamente la calidez de su interior me trasportó imaginariamente a pasear entre sus maniquís y soñar como me vería con ese traje gris de solapa ancha y camisa de seda.

El tiempo se detuvo, mientras divagaba entre los diferentes modelos y colores, entre las posibles combinaciones de camisas y corbatas, hasta que se cruzó entre mis alucinaciones el rostro aterrorizado de un vendedor de la tienda, quien turbado corrió frente al televisor situado a un costado del mostrador, mientras llamaba a sus compañeros a voz en cuello moviendo desafortadamente su brazo izquierdo. En cuestión de segundos todos los empleados se reunieron en el más profundo silencio para escuchar al presentador de noticias quien confirmaba los primeros 14 casos de personas

infectadas por el coronavirus y las medidas decretadas por el gobierno que incluía el estado de sitio y la cuarentena total a partir de las cero horas de mañana sábado.

Al finalizar el comunicado, se rompió el silencio y entró una turbulencia de comentarios, rumores y ansiedades, la pandemia estaba entre nosotros, caminando nuestras calles y amenazando nuestras vidas, a partir de ese momento nada volvería a ser igual.

Colgué el maletín en mi hombro, mientras veía como las cortinas caían en cada ventanal y el ruido de las persianas sonaba como tambores en redoble, miré a mis espaldas y la vida había cambiado de revoluciones, la gente caminaba a paso veloz, los padres alzaban a los pequeños y corrían desesperados, la muchedumbre salía de las tiendas como abejas en guerra y el sonar de las bocinas parecían trompetas desafinadas, el caos era indiferente a la lluvia porque la tormenta ya estaba en la tierra.

Me incorporé a los pocos minutos y me sumergí en ese mar de rostros, que como una ola me empujó calle abajo, teniendo que lidiar contra corriente para llegar a mi destino, así logré avanzar varios metros hasta doblar la esquina y ser succionado por una horda en avalancha que estrujaba la puerta de un supermercado.

Una vez dentro corrí a buscar los alimentos básicos para subsistir algunos días, utilizando mis brazos y bolsillos para tratar de resguardar algunos enlatados que a plan de agilidad y un poco de fuerza alcancé arrebatarse a numerosas manos que las pretendían.

Al salir de ese lugar, la situación era deplorable, lo profano de los seres humanos afloraba en cada mirada, en cada gesto, en cada actitud, la tolerancia se había escabullido y la racionalidad no existía, parecía que la lluvia de esa noche les quitó a muchos el disfraz de evolucionados limpiando de sus caras el maquillaje de la sensatez.

El miedo me invadió, no solo al tomar conciencia que nuestra sociedad no está lista para afrontar crisis como esta, si no, porque empecé a ver en cada ciudadano un sospechoso, un portador del virus, empecé a ver a cada sujeto como una amenaza y un peligro.

Así, evadiendo roces y apresurando el paso llegué hasta la puerta de mi edificio, nunca antes había sentido la desmedida necesidad de atravesar su pórtico y cerrar sus alabas para sentirme seguro y protegido en este diluvio de sensaciones y desconfianzas, era como entrar al Arca, sabiendo que esto recién comenzaba.